



Durante siglos, dos pueblos vecinos miraban al mismo cielo, rezaban al mismo Dios y leían la misma Ley... pero se rechazaban profundamente.

Eran los **judíos** y los **samaritanos**.

Para muchos lectores modernos, esta rivalidad puede parecer simplemente una curiosidad histórica de la Biblia. Sin embargo, comprender la relación entre estos dos pueblos nos abre una ventana fascinante para entender mejor el mundo de **Jesucristo**, la profundidad de varios pasajes bíblicos y una enseñanza espiritual extremadamente actual: **cómo relacionarnos con quienes comparten nuestra fe... pero no nuestra manera de vivirla.**

Porque la historia de judíos y samaritanos no es solo un episodio del pasado. Es también un espejo en el que la humanidad —y a veces incluso los cristianos— seguimos viéndonos reflejados.

1. Dos pueblos hermanos... que terminaron separados

Para entender el conflicto debemos retroceder más de mil años antes de Cristo.

Todo comienza con el antiguo pueblo de Israel, el pueblo elegido por Dios.

Después de los reinados de **Saúl**, **David** y **Salomón**, el reino se dividió en dos:

- **Reino del Norte** (Israel)
- **Reino del Sur** (Judá)

El Reino del Norte tenía su capital en Samaría. De ahí surgiría el nombre **samaritanos**.

Esta división política pronto se convirtió también en **división religiosa**.

El Reino del Norte comenzó a desarrollar prácticas religiosas distintas del culto oficial de Jerusalén, lo que generó tensiones profundas con los judíos del sur.

Pero el punto decisivo llegó en el año 722 a.C., durante la **Conquista asiria del Reino de**



Israel.

Los asirios conquistaron el Reino del Norte y deportaron a gran parte de su población. En su lugar trajeron colonos de otras naciones. El resultado fue una **mezcla cultural y religiosa**.

Desde el punto de vista judío, aquello fue una tragedia espiritual.

Para los judíos del sur, los samaritanos se convirtieron en:

- un pueblo mezclado
- religiosamente sospechoso
- y, sobre todo, **no plenamente fiel a la Ley de Dios**

Así nació una rivalidad que duraría siglos.

2. El punto de ruptura: ¿Dónde se debe adorar a Dios?

Uno de los grandes desacuerdos entre ambos pueblos era **el lugar legítimo de culto**.

Los judíos afirmaban que el único lugar legítimo era el Templo de **Jerusalén**.

Los samaritanos sostenían que el verdadero lugar elegido por Dios era el **Monte Garizim**.

De hecho, construyeron allí su propio templo.

Este desacuerdo no era simplemente geográfico.

Era **teológico**.

La pregunta era:

| *¿Dónde ha querido Dios encontrarse con su pueblo?*



Para los judíos, aceptar el templo samaritano equivalía a aceptar una corrupción del culto verdadero.

Para los samaritanos, Jerusalén representaba una desviación del lugar original elegido por Dios.

Así, dos pueblos que veneraban al mismo Dios comenzaron a verse mutuamente como **herejes**.

3. La ruptura social: un odio que atravesaba la vida diaria

En tiempos de Cristo la división era total.

Los judíos evitaban atravesar Samaría cuando viajaban entre Galilea y Judea. Preferían dar un rodeo.

El motivo era claro: **no querían contacto con samaritanos**.

La hostilidad era mutua.

Para un judío devoto, un samaritano era considerado:

- impuro
- heterodoxo
- enemigo religioso

Por eso resulta tan impactante lo que hace Jesús en el Evangelio.



4. Jesús rompe las barreras

El Evangelio nos muestra varios episodios en los que Jesús desafía este conflicto histórico.

Uno de los más famosos es el encuentro con la mujer samaritana en el **Evangelio de Juan**.

Allí Jesús inicia una conversación que rompe todos los tabúes.

Primero, porque habla con una mujer.

Segundo, porque es samaritana.

La mujer misma se sorprende y dice:

“¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”

(Jn 4,9)

Jesús responde con una enseñanza extraordinaria sobre el culto verdadero:

“Créeme, mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.”

(Jn 4,21-23)

Aquí Jesús revela algo revolucionario.

El centro de la fe ya no será un lugar geográfico.

Será **la relación viva con Dios**.



5. La parábola que escandalizó a todos

Pero quizá la enseñanza más poderosa aparece en la famosa parábola del **Buen Samaritano**.

Un hombre es asaltado y dejado medio muerto.

Pasan junto a él:

- un sacerdote
- un levita

Ambos lo ignoran.

Quien se detiene a ayudar... es **un samaritano**.

Jesús concluye preguntando:

| *“¿Quién fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”*

La respuesta es inevitable:

| *“El que tuvo misericordia.”*

Para un judío del siglo I, esta parábola era escandalosa.

Jesús estaba diciendo implícitamente:

Un samaritano puede vivir la voluntad de Dios mejor que un judío religioso.

No estaba negando la verdad del judaísmo.

Estaba recordando algo más profundo:

La verdadera fidelidad a Dios se demuestra en la caridad.



6. Dos pueblos, un mismo Dios

Teológicamente, judíos y samaritanos compartían elementos fundamentales:

- creían en el mismo Dios de Abraham
- aceptaban la Ley de **Moisés**
- esperaban un Mesías

Sin embargo, diferían en varios puntos clave:

Judíos

Reconocían todo el Antiguo Testamento
Templo en Jerusalén
Tradición rabínica
Identidad étnica estricta

Samaritanos

Solo aceptaban el Pentateuco
Templo en el Monte Garizim
Tradición propia
Identidad más mezclada

Aun así, desde un punto de vista bíblico, ambos pueblos tenían **una raíz común**.

Ambos pertenecían a la historia de la salvación.

7. La lección espiritual que muchos olvidan

Esta historia nos enseña algo muy profundo:

La división religiosa puede surgir incluso entre quienes creen en el mismo Dios.

No siempre el problema es la ausencia de fe.

A veces el problema es **la forma de vivirla**.

Esto es tremendamente actual.



Hoy también existen tensiones entre:

- distintas sensibilidades dentro del cristianismo
- tradiciones litúrgicas diferentes
- interpretaciones teológicas diversas

La historia de judíos y samaritanos nos advierte de un peligro:

convertir la identidad religiosa en motivo de desprecio hacia otros.

8. La visión pastoral de Cristo

Jesús no relativiza la verdad.

Él afirma claramente:

┆ *“La salvación viene de los judíos.” (Jn 4,22)*

Pero al mismo tiempo abre el horizonte universal de la salvación.

Su misión no es alimentar rivalidades.

Es **reconciliar a los hombres con Dios y entre ellos.**

Por eso el Evangelio muestra algo sorprendente:

Los samaritanos también responden a la predicación cristiana.

En los **Hechos de los Apóstoles**, los apóstoles evangelizan Samaría con gran fruto.

La antigua rivalidad comienza a desaparecer dentro de la Iglesia naciente.



9. Aplicaciones para nuestra vida hoy

La historia de judíos y samaritanos no es solo arqueología bíblica.

Es una guía espiritual muy concreta.

1. No absolutizar nuestras diferencias

Podemos compartir la misma fe y aun así tener distintas sensibilidades.

Eso no debe convertirse en odio.

2. La caridad es la verdadera ortodoxia

La parábola del Buen Samaritano nos recuerda que la fidelidad a Dios se mide por el amor al prójimo.

No basta con tener razón.

Hay que **amar**.

3. Dios puede actuar donde menos lo esperamos

Jesús eligió a un samaritano como ejemplo moral.

Eso nos enseña humildad.

La gracia de Dios no se limita a nuestros esquemas.

4. Evitar el desprecio religioso

La historia demuestra que el desprecio entre creyentes produce siglos de heridas.

El cristiano está llamado a ser **puenete, no muro**.



10. Una última reflexión

En el fondo, la historia de judíos y samaritanos es la historia de una humanidad dividida.

Dos pueblos.

Un mismo Dios.

Pero corazones separados.

Cristo vino precisamente para sanar esa ruptura.

Por eso el Evangelio insiste tanto en una verdad central:

el prójimo no es solo quien piensa como nosotros.

Es todo aquel que sufre, todo aquel que necesita misericordia.

Quizá por eso Jesús eligió a un samaritano como héroe de su parábola.

Porque quería que entendiéramos algo esencial:

La santidad no pertenece a un grupo.

Pertenece a quien **vive el amor de Dios.**

Y esa sigue siendo, hoy como ayer, la verdadera religión.